

Juan Carlos Fernández

Presidente del
Foro Zafrense

«Me permito pedir que en nuestros pueblos y ciudades, las autoridades municipales homenajeen a Adolfo Suárez, quizá de la manera más fácil: rotúlese con su nombre alguna calle o avenida, coloquen un busto, una placa o lo que les parezca oportuno. Pero no dejen pasar la ocasión, ahora que vive, de celebrar que estamos como estamos en buena medida gracias al abulense. Es de justicia»

SUÁREZ

CONOCI la noticia de la enfermedad de Adolfo Suárez cuando, con ocasión de una conferencia que organicé con motivo del XXV aniversario de la Constitución, el ya desaparecido Gabriel Cisneros nos la hizo saber. Triste destino para alguien cuyos recuerdos podrían dar de sí para unas memorias tan envidiosas como probablemente necesarias. Suárez, Odiseo de la Transición, ahora padece la enfermedad de los lotófagos; eso sí, durante el periplo nunca olvidó a su patria, lo que le permitió mantener el rumbo correcto. La ausencia de memoria, tan lamentable, tan cruel, es posterior.

Es triste que ahora que se observa una valoración a la baja de la Transición, por parte de quienes entienden que no están suficientemente ajustadas las cuentas con el franquismo, el ex presidente no pueda elevar su voz para repetir hasta la saciedad que desde julio de 1976 se propuso ejecutar el proyecto de democracia para todos que S. M. el Rey tenía en mente, y que precisaba de un líder audaz, como el político de Cebreros, que provenía del aparato franquista, pero supo entender qué demandaba la sociedad española de los nuevos tiempos. Qué pena que su voz autorizada no pueda reivindicarse a sí misma. Qué inmenso vacío histórico, qué laguna de la memoria, la que deja tan principal protagonista del cambio.

Suárez desbarata el aparato franquista, promueve la amnistía, ofrece un nuevo camino por el que todos puedan andar sin sobresaltos, despeja de obstáculos la marcha hacia la democracia plena, consigue un nuevo marco jurídico, ilusiona al pueblo y contagia la ilusión por la participación democrática. En definitiva, ejecuta la mayor operación de reconciliación nacional: no ofrece a los españoles una Constitución de partido, sino de consenso, de todos para todos, con las necesarias concesiones y con las imprescindibles renunciaciones. Quizá Azaña, que clamaba paz, piedad y perdón, pudie-



BERRODI

ra darse por satisfecho con la operación de regeneración que el Rey, Suárez y tantos políticos de izquierdas y derechas, acometieron con patriotismo y sentido de Estado. Muchos de los procedentes del franquismo dieron por bueno el nuevo *statu quo* y comprendieron que no se podía persistir en un régimen ajeno a la modernidad y al devenir inexorable de los tiempos. No pocos procedentes de la extrema izquierda hicieron lo propio. Incluso el Partido Socialista abandonó el marxismo para emprender, con un inteligente Felipe González, la senda de la socialdemocracia, homologable en las democracias occidentales.

La Transición es el único laborrón y cuenta nueva del siglo XX español que ha funcionado. La República de abril sustituye a una monarquía heredera de la Restauración que venía perdiendo fuelle a pasos agigantados y que desde el 13 de septiembre de 1923, cuando Primo quiso ser la solución, inicia un fatal declive; tal vez una nueva Constitución, una monar-

quía parlamentaria real y adecuada a los tiempos, hubieran conjurado los peligros. Pero no pudo ser. El régimen del 14 de abril, que tantas esperanzas hizo albergar, se autoconsumió en dialéctica y hechos revolucionarios que oscurecieron y anularon los esfuerzos por la modernidad que se intentaron acometer. Su espantoso devenir es ahora tenido como ejemplo de democracia por muchos, pero la Historia arroja datos nada halagüeños. Sucede al régimen fallido otro autoritario, una dictadura que, por mucho que fuese transmutándose en dictablanda, estaba en radical contradicción con cualquier anhelo democrático pleno; sus partidarios añoran el progreso económico, el orden público... Pero olvidan que crecimiento y orden público son perfectamente compatibles con la plenitud democrática.

Ya en el último cuarto de siglo, el pueblo español, felizmente estructurado en clases medias, en una síntesis histórica inteligente, apuesta por una evolución política que se consuma en un tiempo récord: en menos de tres años, tras la muerte del general Franco, España tiene una Constitución perfectamente válida. Es el tiempo del pluralismo real: ahora ya no hay turno de partidos, ni la monarquía parlamentaria es árbitro del juego. Como tampoco se concibieron los nuevos tiempos como ocasión de revancha ni de predicar superioridades morales, ni de pretender a toda costa que sólo una determinada tendencia pudiese gobernar, como lamentablemente ocurría en la República. Atrás quedaron también los años en los que la dictadura nos separaba del mundo democrático.

Por eso, ahora que tres décadas después no faltan voces que ponen en solfa lo que la Transición supuso; cuando al socaire de pretensiones muchas veces comprensibles se remueven memorias y se determina que la voluntad manifiesta del pueblo, expresada en leyes claras, es soslayable en aras de retribuciones penales sin sentido; cuando de nuevo no faltan insensatos que predicán la superioridad moral de unos sobre otros, lo que de inmediato hace que los otros reaccionen, y tengamos que llegar a utilizar la grafía, la ironía y el espanto de Unamuno, los hunos y los hotros, es momento de reivindicar a Suárez. Suárez representa lo nuevo, por mucho que provenga de lo antiguo. La reconciliación, por mucho que su carrera política tuviese su origen y se desarrollara durante años bajo el mandato de Franco. El futuro, porque su trabajo, siempre al amparo de lo querido por el Rey, nos ha permitido a los españoles vivir en paz durante todos estos años.

Me permito, por todo lo dicho, pedir que en nuestros pueblos y ciudades las autoridades municipales homenajeen a Adolfo Suárez, quizá de la manera más fácil: rotúlese con su nombre alguna calle o avenida. Si les sobran fondos (cosa difícil, pero en otras ocasiones los ha habido), coloquen un busto. O una placa. O lo que les parezca oportuno. Pero no dejen pasar la ocasión, ahora que vive, de celebrar que estamos como estamos en buena medida gracias al abulense. Es de justicia. Y de sentido común.